

EL VATICANO II, UN CONCILIO EN PROCESO DE RECEPCIÓN

El autor pertenece a la generación que vivió el Vaticano II, convocado por Juan XXIII, como una experiencia total. Desaparecidos o ancianos los padres del Concilio y viviendo la generación más joven las “novedades” del Concilio como mera “normalidad”, el autor cree que existe el peligro de ver el Vaticano II como algo del pasado. Expone que, en realidad, el Concilio está “en proceso de recepción” y que no puede darse por “cerrado”. Resume la situación teológica durante el Concilio, las novedades teológicas aportadas por sus documentos, las vicisitudes de la recepción y las cuestiones nuevas o pendientes que debe afrontar la Iglesia para ser fiel al espíritu del Vaticano II ya en el siglo XXI.

O Vaticano II, um Concilio em processo de recepção, Perspectiva Teológica 37 (2005) 89-104

ANTECEDENTES

Hablar del Vaticano II puede parecer superfluo: sobre él, ya se ha escrito mucho. Con todo, los cuarenta años de su clausura nos ofrecen la oportunidad de volver a reflexionar sobre el acontecimiento que ha sido considerado como el hecho eclesial más importante del siglo XX.

En efecto, sus principales protagonistas o ya han muerto o están entre los 80 y los 90 años. Para la generación joven, el Concilio es un hecho histórico de un pasado tan remoto, como puedan serlo el Vaticano I o incluso Trento. Los menores de 50 años consideran normal celebrar la eucaristía en su propia lengua,

por ejemplo, pero no tienen conciencia de que ello se deba al Vaticano II. Existe el peligro de que el Vaticano II siga desconocido y pierda vigencia, aunque se viva de sus frutos.

Es tarea de nuestra generación, que fue testigo presencial de ese acontecimiento, dar testimonio de lo que vivimos y de su importancia para el Tercer Milenio.

Situación de cristiandad

Muchos tampoco son conscientes de la situación que se vivía en la iglesia antes del Concilio. La eclesiología dominante era

la de Cristiandad, que hundía sus raíces en el siglo IV con el constantinismo, formulada con claridad por la reforma gregoriana del siglo XI.

Podemos distinguir una eclesiología de comunión -la eclesiología del primer milenio-, de la eclesiología de cristiandad del segundo milenio, clerical, jurídicista y triunfalista (Congar). Es la iglesia de la contrarreforma, abiertamente contraria a la modernidad y a las revoluciones sociales, que luego condenó la revolución francesa y, recientemente, las revoluciones latinoamericanas.

En 1864, un siglo antes de la clausura del Vaticano II, el papa Pío IX promulgaba el *Syllabus* que condenaba la libertad religiosa y los progresos de la modernidad. Más cerca de nuestros días, la figura blanca y noble de Pío XII, que impresionaba por su trascendencia y espiritualidad y era tenida por muchos como el punto álgido de la iglesia de todos los tiempos, representa en realidad la cumbre de la eclesiología de Cristiandad, de la época “piana”, en expresión de K. Rahner. El mismo Pío XII, que mostró su apertura a la investigación bíblica con la *Divino Afflante Spiritu* y que incluso había pensado en convocar un concilio, condenaba en 1950 en la *Humani Generis* todos los esfuerzos de renovación de la *nouvelle théologie*.

La teología antes del Concilio

La teología era escolástica, en el mejor de los casos neoescolástica, siguiendo las orientaciones de León XIII en la *Aeterni Patris*. Su método era deductivo, en forma de tesis, en latín, de un gran rigor lógico, pero completamente ajeno a la historia y a la cultura moderna.

A pesar de todo, la modernidad seguía: Ilustración, técnica y progreso avanzaban; la revolución rusa de 1917 se extendía por el este de Europa y parte del Asia Oriental, dos guerras mundiales ensangrentaban el horizonte, los países del llamado Tercer Mundo alcanzaban su autonomía e independencia y hacían oír su voz. Nuevas filosofías y nuevas formas de pensar se apartaban cada vez más del pensamiento cristiano tradicional.

Sin embargo, no todo era inmovilismo en la iglesia católica. Entre las dos grandes guerras, surgieron una serie de movimientos teológicos, sobre todo en Europa central, que sembraron el terreno para la cosecha que recogería después el Vaticano II.

El movimiento bíblico se aproximaba a la biblia desde nuevas perspectivas y con nuevas metodologías. El movimiento patrístico, con nuevas ediciones de los Santos Padres latinos y orientales, enriquecía la teología, la espiritualidad y la pastoral. El movimiento litúrgico valoraba la

asamblea litúrgica y se centraba en la celebración del misterio pascual. El movimiento ecuménico había iniciado el diálogo con anglicanos, protestantes y ortodoxos, dando por terminada una etapa de confrontación y apologética. La pastoral se acerca a ambientes desecristianizados, juveniles u obreros. Surgen los curas obreros y la pregunta sobre si los llamados países cristianos no serían ahora países de misión. Nace una nueva sensibilidad social, fruto tanto de una profundización cristológica de la vida de Jesús como del diálogo con las ciencias sociales y, concretamente, con el marxismo. La llamada teología de las realidades terrenas atiende al valor de las ciencias, de la economía, la historia, la política, o el progreso, el cuerpo o el sexo. Teilhard de Chardin abre nuevas perspectivas a la teología a partir de una visión evolucionista del cosmos.

Estos movimientos se desarrollan en centros de estudios como los de Lyon-Fourvière, Lovaina, Le Saulchoir-París, Innsbruck, Munich, Tubinga, etc. Contra esa “nueva teología” se levantó Pío XII en su *Humani generis* (1950) e, ironías de la vida, los teólogos sancionados y en algunos casos destituidos de sus cátedras serán los grandes teólogos del Vaticano II: Rahner, Congar, Chenu, Daniélou, De Lubac, Schillebeeckx...

Tanto los estudios bíblicos sobre el concepto de pueblo de Dios

(Cerfaux, Koster...), como las contribuciones de Mersch y Tromp en lo dogmático -que desembocaron en la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII (1943), que presenta una visión menos jurídica y más mística de la iglesia-, prepararon el terreno para la eclesiología del Vaticano II

El Papa Juan XXIII

Todos estos movimientos no hubieran fructificado sin la figura carismática de Juan XXIII, que actuó como catalizador... Angelo Giuseppe Roncalli, de familia campesina, pobre y cristiana, de Sotto il Monte (Bérgamo), mantuvo siempre viva la conciencia de su origen humilde y cristiano; ello le dio firmeza y seguridad en su fe, sensibilidad social y buen juicio. Sus estudios de historia de la Iglesia (sobre Gregorio Magno y Carlos Borromeo) le proporcionaron una visión realista de la Iglesia y de la necesidad de cambios a lo largo del tiempo. La crisis modernista y la caza de brujas en tiempos de Pío X -cuando era profesor de historia de la Iglesia en el seminario de Bérgamo fue acusado de modernista- le harían reflexionar, sin duda, sobre las frecuentes injusticias que se comenten contra los pensadores cristianos en la iglesia, por falta de diálogo sincero. Sus años en Bulgaria y en Turquía lo mantuvieron lejos del mundo vaticano, pero lo aproximaron al Oriente cristiano y a la necesidad de avanzar deci-

didamente en el ecumenismo. Su etapa de nuncio en París le permitió conocer mejor el mundo de la cultura moderna y los retos que propone a la iglesia. Como Patriarca de Venecia, adquirió la experiencia pastoral que le faltaba, viendo toda la problemática de una gran ciudad moderna.

Elegido Papa a la muerte de Pío XII, en 1958, escogió el nombre de Juan XXIII. Como se pensaba que ese cardenal casi desconocido en la iglesia sería un simple Papa de transición, la convocatoria de un concilio, el 25 de enero de 1959 en la basílica de San Pablo Extramuros de Roma, sorprendió a todo el mundo. Nos hallábamos ante una nueva época en la historia de la iglesia. El concilio no debía ser la continuación del Vaticano I, interrumpido en 1870 por cuestiones políticas, sino un nuevo concilio que lo complementara, el Vaticano II. Una consulta a toda la Iglesia recibió un abanico de propuestas temáticas: desde la condena del comunismo a la devoción a san José y la moralidad en las playas...

En una alocución del 11 de setiembre de 1962, un mes antes de la inauguración, Juan XXIII habló de las tres intenciones principales del Concilio: la apertura al mundo moderno, la unidad de los cristianos y la iglesia de los pobres. Hasta qué punto estas tres intenciones se vieron plasmadas en el Vaticano II, es algo que iremos viendo a lo largo de estas páginas.

El discurso inaugural

En el discurso inaugural del Vaticano II (11 de octubre de 1962), el Papa marca las líneas de fondo del Concilio. Comienza diciendo claramente que la convocatoria del concilio se debe a una inspiración de lo alto, inspiración que luego despertó un gran fervor en todo el mundo. Afirma que no se siente como los profetas de calamidades que ven siempre lo negativo y apocalíptico de la historia. Confiesa tener una visión positiva y providencialista de la historia, sabiendo que Dios conduce el mundo hacia sus designios amorosos. Distingue también entre lo que es depósito de la fe y sus diversas expresiones históricas. Ante los que esperan del concilio condenas severas de doctrinas erróneas, Juan XXIII prefiere usar de la misericordia más que de la severidad, incluso sabiendo que hoy existen doctrinas falaces y opiniones peligrosas. Ante el error, lo mejor para la iglesia es alzar la antorcha de la verdad y, como madre amable de todos, dar aquello que tiene y puede, misericordia y bondad, como Pedro ante el cojo de nacimiento.

El discurso causó conmoción en la iglesia; la curia romana y los que esperaban que el Concilio se limitase a repetir el pasado y a condenar errores, comprendieron que las aguas irían por otros cauces.

Juan XXIII no fue un teólogo profesional, pero su experiencia

vital, su buen sentido pastoral, su intuición campesina, su conocimiento de la historia y su fe profunda le convirtieron en el hombre providencial para iniciar y orientar el Vaticano II. Sus encíclicas *Pacem in Terris* y *Mater et Magistra* demuestran la solidez de su doctrina y la apertura al mundo moderno.

Pero Juan XXIII muere el 3 de junio de 1963, acabada la primera sesión del Vaticano II. Antes de iniciarse la segunda, es elegido papa J. B. Montini, Pablo VI.

Su biografía le hace ser un hombre muy diferente de Juan XXIII. Montini, intelectual y con una buena formación teológica, imbuido en especial de la teología francesa (tradujo a Maritain al italiano), es sobre todo un hom-

bre de curia, buen conocedor de los problemas eclesíásticos, amante de la iglesia y de su estructura jerárquica. Supo dirigir el concilio hasta su final, dando, cuando era preciso, un golpe de timón, como en el caso de introducir la *Nota praevia* al capítulo III de la *Lumen Gentium*. Amante de la concordia eclesial, buscaba la unanimidad de los obispos del concilio y sufría ante las divisiones y los conflictos. Más teólogo que Juan XXIII, pero menos intuitivo y pastoral, se debatía entre dudas hamletianas y al final de su pontificado se asustó mucho ante el rumbo que tomaba el posconcilio. Fue, con todo, una figura decisiva para continuar y acabar el Vaticano II que él, seguramente, hubiera sido incapaz de convocar.

CLAVES DE LECTURA DEL VATICANO II

En el Vaticano II se dan algunos temas constantes que son el trasfondo de todos los documentos y que revelan las actitudes del Papa Juan XXIII y del nuevo espíritu conciliar de *aggiornamento* (G. Martelet).

Nueva postura ante el mundo

El *aggiornamento* traduce la postura de Juan XXIII de realismo y apertura al mundo entero, de su bondad, su mirada tierna, el buscar hacer el bien a todos y no

ser profetas de calamidades, sino optimistas y misericordiosos.

La teología anterior era profundamente dualista (cuerpo y alma, tierra y cielo, mundo e iglesia, profano y sagrado, naturaleza y gracia). El Vaticano II, sobre todo en la *Gaudium et Spes* abandona esa postura para afirmar que Dios y el mundo no son dos rivales, sino que, al contrario, el mundo es obra de Dios, Dios es el misterio último del mundo, el mundo es sacramento de Dios, lo mundano es constitutivo de la iglesia y del cristiano y, por consiguiente,

sólo existe una única historia de salvación.

Por eso el Vaticano II inicia un nuevo método teológico, inductivo. Es la llamada doctrina de los *signos de los tiempos* (GS 4,11, 44), que descubre a Dios en los acontecimientos: el Espíritu del Señor dirige la historia y siembra semillas del Verbo en todas las culturas. El Vaticano II, por ello, inicia una teología pastoral que no es una simple aplicación del dogma a la práctica. El ámbito pastoral es constitutivo de la teología misma, es punto de partida y de llegada. El Vaticano II será un concilio pastoral. Nos lo muestran algunos ejemplos.

a) El Vaticano II hace una *valoración positiva* de toda la creación, de la persona humana (GS 12-17), del trabajo (GS 33-36), de la cultura (GS 53.62), afirmando que los bienes de la tierra están destinados a todo el mundo (GS 69). Dentro de esa valoración de la persona, destaca el respeto a la libertad religiosa, afirmación innovadora, ya que un siglo antes el Papa Gregorio XVI, en la *Mirari vos* (1832), la había calificado de delirio y error pestilente. El documento *Dignitatis humanae* está consagrado a defender la libertad religiosa: toda persona tiene el derecho a seguir su propia conciencia en materia religiosa.

b) El Concilio *condena* todo aquello que destruye la dignidad de la creación, el pecado que esclaviza la persona humana (GS 13-14), el ateísmo (GS 19-21), la

discriminación racial, sexual o cultural (GS 29), el egoísmo que degrada el trabajo humano (GS 37) y la cultura (GS 56), las desigualdades económicas (GS 66), el totalitarismo y la dictadura (GS 75), la tortura y la guerra (GS 82).

El fundamento siempre es Cristo, el hombre nuevo (GS 22, 45). La misión de la Iglesia no es simplemente religiosa y espiritualista, sino integral y puede decir su palabra evangélica a la sociedad siempre que lo exija el bien de las personas (GS 76).

Redescubrimiento de la comunidad

Frente al individualismo económico, social, político y religioso, se descubre la importancia de la dimensión comunitaria. El ser humano es social, hombre-mujer (GS 12), la familia es la primera comunidad humana (GS 47-52), la vida humana está llamada a la comunidad, a formar una única familia entre todos, a imagen de la Trinidad, buscando el bien común de todos (GS 23-32), una comunidad económico-social, en la que los bienes estén al servicio de todos (GS 63-72), una comunidad política que respete los derechos de todos y busque el bien común (GS 73-76), una comunidad internacional, en paz, colaboración y justicia (GS 77-91).

El fundamento es Cristo, que quiere formar una comunidad de hijos de Dios (GS 32), salvándo-

los en comunidad, en un único pueblo del cual la iglesia es el germen (LG 9-17) y tiene en la eucaristía su expresión sacramental y litúrgica (SC 1-13) y en la Trinidad su fuente y modelo (LG 1-4).

La eclesiología de la LG, centrada en el pueblo de Dios, en la iglesia local y en la colegialidad episcopal, será, ante todo, una eclesiología de comunidad. De ahí se desprende una actitud de diálogo con todas las personas de buena voluntad, con todas las religiones (*Nostra Aetate*), con todos los bautizados (ecumenismo, *Unitatis Redintegratio*), caminando hacia la unidad de la humanidad entera.

Después del Vaticano II, este espíritu comunitario se reflejará en las conferencias episcopales, sínodos, consejos pastorales, en la preocupación por la paz en el mundo, en los diálogos. El propio Pablo VI dedicó su primera encíclica, *Ecclesiam suam*, al diálogo.

Retorno a la fuente: Cristo

Juan XXIII era un hombre tradicional, pero enraizado en la verdadera tradición: quería que la iglesia fuese como la fuente dispuesta siempre a ofrecer al mundo el agua viva del evangelio. La iglesia había vivido muy centrada en leyes, normas, estructuras. El Vaticano II es una vuelta a las fuentes, a los orígenes de la verdadera tradición, a Cristo. Vuelve a la Palabra de Dios revelada en la Escritura (*Dei Verbum*), presen-

te en la iglesia (*Lumen Gentium* 1-2; 8) y actuante en la liturgia (*Sacrosanctum Concilium*). La Escritura debe ser el alma de la teología (*Optatam Totius*). Esta aproximación a la Palabra propiciará el diálogo con las iglesias de la Reforma.

Redescubrimiento del Espíritu

Juan XXIII veía el Vaticano II como una ventana que abría la iglesia al soplo del Espíritu, como renovación y *aggiornamento*, como un verdadero pentecostés. La presencia de observadores ortodoxos que reprochaban a los católicos la poca sensibilidad al Espíritu, contribuyó, sin duda, al redescubrimiento de ese Espíritu tan olvidado por la teología y por la iglesia.

El Espíritu actúa en el mundo, en el Antiguo Testamento, en los profetas, en Jesús, en la iglesia (LG 4). El Espíritu inspira las Escrituras, que hay que leer a la luz del mismo Espíritu (DV 7, 9, 12, 18, 21). Actúa en los sacramentos de la iglesia y, sobre todo, en la eucaristía (SC 6, 43). Unge interiormente a los fieles y les da el sentido de la fe y de adhesión infalible a ella (LG 12), derrama dones y carismas sobre todos los bautizados (LG 12) y transfigura la historia y el mundo orientándolos hacia la plenitud escatológica del Reino (GS 37-39). La vida cristiana es, pues, una vida según el Espíritu.

PRINCIPALES NOVEDADES DEL VATICANO II

Estas claves de lectura nos permiten comprender mejor las novedades presentes en las cuatro constituciones (*LG, GS, SC, DV*), los nueve decretos y las tres declaraciones del Vaticano II.

La iglesia (*Lumen Gentium*)

La constitución quiere responder a la pregunta “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?” Es una visión de la iglesia *ad intra*, para distinguirla de la iglesia *ad extra*, en la formulación del cardenal Suenens.

El primer esquema, elaborado por la curia romana, fue tachado de clerical, jurídicista y triunfalista. Era un esquema de cristiandad, típico del segundo milenio, y fue devuelto para que una nueva comisión lo reelaborara.

Se pasa de una iglesia sociedad perfecta a una iglesia misterio y sacramento (*LG I*); de una iglesia identificada con la jerarquía a una iglesia pueblo de Dios (*LG II*); de una iglesia eclesiocéntrica a una iglesia servidora; de una iglesia triunfalista a una iglesia pecadora que peregrina orientada a la escatología (*LG VII*); de una iglesia que identifica la católica como la única iglesia de Jesús, a una iglesia que reconoce que la iglesia de Jesús “subsiste” en la católica, pero que hay verdaderos elementos de salvación en otras iglesias y denominaciones

cristianas (*LG 8*); de una iglesia que se considera única tabla de salvación y ve a las otras religiones simplemente como obra del maligno, a una iglesia que reconoce elementos de la gracia del Espíritu en todas las religiones (*LG 16*), no rechaza nada de lo que hay de verdaderamente santo en ellas y busca un diálogo interreligioso con esas religiones (cf. *Ad Gentes 3,9*); de una iglesia universal identificada con Roma a una valoración de las iglesias particulares o locales; de una iglesia occidental y europea a una iglesia con conciencia de universalidad; de una iglesia en conflicto con el mundo a una iglesia en diálogo con él; es, en fin, el réquiem del constantinismo y el paso de una iglesia de contrarreforma a una iglesia ecuménica. Se vuelve a la eclesiología del primer milenio, a una eclesiología de comunión.

Ahora bien, como la iglesia no puede ser comprendida fuera del mundo, la *Lumen Gentium* debe completarse con la *Gaudium et Spes*.

La liturgia (*Sacrosanctum Concilium*)

Idéntica desde Trento (1545-1563), la liturgia preconiliar era individualista. Existía un divorcio entre liturgia y vida, había rubricismo, pasividad y poca participación de los fieles, en latín, con

un texto único y universal. Alejada del catolicismo popular a pesar de un exagerado culto a los santos y con pocas referencias a la pascua como centro de la vida.

La *SC*, preparada en cierta manera, por el movimiento litúrgico, fue el primer documento conciliar promulgado; fue muy bien recibido por el pueblo de Dios cuya participación activa y consciente promueve. Para muchos constituyó el aspecto más visible de la renovación conciliar.

La liturgia es la celebración de la iglesia, que celebra la salvación de Cristo en comunidad y nos hace penetrar en el misterio de la iglesia que es el misterio de pascua. Es como la fuente de la vida cristiana (*SC* 10). Ante una visión de la liturgia como cosa sólo del sacerdote, el Vaticano II afirma que la asamblea es el sujeto de la celebración: las acciones litúrgicas no son devociones privadas, sino celebraciones de toda la iglesia, de todo el pueblo santo de Dios (*SC* 26), que participa activamente en la asamblea (*SC* 17, 18, 30). Por ello, tanto el clero como los fieles deben reformarse y educarse litúrgicamente (*SC* 15-18). La Palabra de Dios es la que da Espíritu a la liturgia (*SC* 24, 33).

La nueva visión teológica de la liturgia comportó cambios en los ritos: uso de la lengua del pueblo, lecturas bíblicas abundantes y escogidas, reforma del marco de la celebración (altar cara al pueblo, sede en el centro, sagrario a un lado), renovación de los ritua-

les de los sacramentos, etc.

La Revelación de la Palabra de Dios (*Dei Verbum*)

Pío VII, en 1816, había obligado al obispo Mohler a retractarse de haber aconsejado a todos la lectura de la Palabra de Dios. El Vaticano II, en cambio, devuelve la Palabra al centro de la vida cristiana: “desconocer la escritura es desconocer a Cristo” (*DV* 25, que cita a san Jerónimo).

La teología tradicional consideraba la revelación como un conjunto de verdades comunicadas (o incluso dictadas) por Dios: “el depósito de la fe”. El concilio la entiende como la comunicación viva de Dios en la historia por medio de Jesús y del Espíritu: la revelación no sólo son ideas, es la vida del Espíritu que nos comunica la persona de Jesús. De esa forma, lo central es la libre comunicación del Señor a la humanidad en la creación y en la historia. La revelación nos es comunicada no sólo a través de palabras, sino también a través de hechos, como la liberación del Éxodo o el misterio pascual de Jesús. Esa revelación no es sólo del pasado, sino también del presente; Dios, que nos habló en el pasado a través de su Hijo, mantiene hoy un diálogo con la esposa de su Hijo, la iglesia (*DV* 8).

Podemos comprender mejor la revelación y profundizar en ella a través de la contemplación, el

estudio, la experiencia espiritual y la plegaria. Puede ser estudiada científicamente con métodos modernos, pero siempre dentro de la fe de la iglesia, que tiene el Espíritu del Señor. Frente a los que deseaban que se hablase de las dos fuentes de la revelación, el Vaticano II afirma que la tradición de la iglesia y la Escritura proceden de la misma y única fuente, que es Cristo y su Espíritu (DV 9).

La Iglesia en el mundo contemporáneo (*Gaudium et Spes*)

GS es la estrella del Vaticano, el único documento que quería explícitamente Juan XXIII. Se propone en él un nuevo camino teológico pastoral que, partiendo de la realidad del mundo de hoy, atiende algunos de sus graves problemas, aunque no llegue a articular su respuesta de forma perfecta.

El Vaticano II es, en efecto, el final de una iglesia que se considera por encima del mundo, contra el mundo, sobre todo contra el mundo moderno y que huye de él.

Buscando más bien transfigurar el mundo rumbo al definitivo reino de Dios, se pasa del anatema al diálogo, se toma en serio el progreso humano, se reconoce la autonomía de la creación. Se desea colaborar con todas personas de buena voluntad, ya que en el mundo se ven las huellas de Dios, los signos de los tiempos (GS 4,

11,44), las semillas del Verbo (GS 26,92); se pretende promover conjuntamente la justicia, buscando la participación de todos en los bienes de la creación (GS 69). Y se da importancia al compromiso político (GS 75). Pero GS no es en absoluto un documento ingenuo: reconoce la presencia del pecado en el mundo y una lucha constante entre la luz y las tinieblas (GS 13). Constata, finalmente, que la iglesia no sólo da ((GS 40-43), sino que también recibe del mundo (GS 44) y que no siempre tiene respuesta para todo.

De los otros decretos y declaraciones diremos únicamente que tres fueron decisivos: el decreto sobre ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*, con su célebre afirmación de la existencia de una jerarquía de verdades, UR 11), la declaración sobre la libertad religiosa (*Dignitatis Humanae*), objeto de gran discusión, y la declaración sobre el diálogo religioso (*Nostra Aetate*).

La síntesis de Pablo VI

El discurso de clausura del Vaticano II, pronunciado por Pablo VI el 8 de diciembre de 1965, sintetiza toda esa novedad: “Una religión del Dios que se hace hombre se ha encontrado con una religión –porque es así– del hombre que se hace Dios. Y ¿qué sucede? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Es lo que podía haber pasado, pero eso no ha ocurrido.

La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una inmensa simpatía lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesi-

dades humanas –tanto mayores cuanto mayor se hace la faz de la tierra– ha absorbido la atención de nuestro Sínodo” (n. 8).

UN CONCILIO TODAVÍA EN PROCESO DE RECEPCIÓN

El entusiasmo que la celebración del concilio y la primera época del posconcilio despertaron en la iglesia es difícilmente imaginable a quien no haya vivido la experiencia. Fue una auténtica primavera, un verdadero pentecostés como había deseado Juan XXIII, un *aggiornamento* real: renovación litúrgica, impulso ecuménico para con las iglesias cristianas y en el diálogo con las religiones no-cristianas, nuevo modelo de formación sacerdotal, renovación de la vida religiosa, una nueva conciencia del laicado, la creación de las conferencias episcopales y de los sínodos en Roma, un conocimiento más profundo de la biblia y su mayor difusión, etc. El adjetivo “conciliar”, opuesto a “preconciliar”, representaba toda esa novedad.

El aire fresco del Espíritu había penetrado en la iglesia

Pero hubo exageraciones, el agua desbordó el cauce conciliar. En nombre de la nueva libertad del Vaticano II, se cometieron abusos en liturgia, misionología, moral, ecumenismo y, lo que fue peor,

numerosos sacerdotes y religiosos abandonaron sus compromisos de consagración eclesial. A ello se sumó un creciente espíritu secularizador, que hizo disminuir la frecuencia sacramental y aumentar las crisis de fe y la indiferencia religiosa.

Esa situación provocó en muchos sectores de la iglesia una reacción anticonciliar, cuyo símbolo puede ser la trágica figura de Mons. Lefebvre, que acusó al Vaticano II de protestante, modernista y pro-comunista. Sin llegar a ese extremo, muchos creyeron que el Vaticano II había ido demasiado lejos, que había que frenar la recepción del concilio, promover una restauración, una lectura del Vaticano II a partir de la tradición del Vaticano I. Esa situación comenzó en tiempo de Pablo VI (recuérdese la *Humanae Vitae* de 1968 y la contestación eclesial que provocó) y se mantuvo en el pontificado de Juan Pablo II. En 1985, el cardenal Ratzinger se mostraba pesimista sobre los frutos del Vaticano II, a la vez que veía con buenos ojos la aparición de los nuevos movimientos laicales y carismáticos.

Lentamente, se pasó de la pri-

mavera al invierno eclesial (Rahner), a la involución: hubo problemas con los sectores más dinámicos de la iglesia (teólogos, teología de la liberación, vida religiosa, e incluso obispos...). Se asiste a una nueva centralización eclesial, las conferencias episcopales pierden fuerza teológica, los nuncios recuperan importancia. Hay un claro liderazgo de la Congregación para la Doctrina de la Fe, se frena el ecumenismo, la liturgia y el papel de los laicos, los nombramientos de obispos responden a criterios de seguridad doctrinal, a la gran figura del teólogo K. Rahner sucede la del suizo H. U. von Balthasar, ahora nombrado cardenal. Se tiende a volver a lo de siempre, incluso cuando se utilizan palabras del Vaticano II. La minoría, en cierta forma marginada en el Vaticano II, vuelve ahora a ondear las banderas de la tradición preconciliar. El mismo *Código de Derecho Canónico* de 1983 es un ejemplo del clima eclesial imperante.

La situación llegó a ser tan confusa que el propio Juan Pablo II se vio obligado a convocar un sínodo en 1985 para hacer balance del Vaticano II. Aunque el balance es positivo, el Sínodo prefiere hablar de la iglesia más como Cuerpo de Cristo que como Pueblo de Dios, cree necesario insistir en la dimensión de la cruz y de la espiritualidad.

Por supuesto, el sínodo del 85 no frenó el movimiento restaurador. Se suceden documentos de los

dicasterios de la curia romana que frenan el avance conciliar: *El Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) es excesivamente clásico y el documento sobre la colaboración de los laicos en el servicio a los sacerdotes es muy restrictivo (1997); el motu proprio *Apostolos suos* (1998) disminuye la autonomía de las conferencias episcopales, la *Institutio generalis Missalis romani* (2000) carece del impulso de la *Sacrosanctum Concilium*. La declaración *Dominus Jesus* (2000) cayó muy mal en los ambientes ecuménicos y la *Redemptoris Sacramentum* desciende a excesivas minucias litúrgicas...

Desde América Latina recordemos que las tensiones rodearon las Conferencias de Puebla (1979) y, más aún, de Santo Domingo (1992), que a duras penas pudieron continuar la línea profética de Medellín (1968). Algo de ese malestar lo pudo percibir el propio Juan Pablo II, que en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (TMA), preparatoria del jubileo 2000, hace una vibrante defensa del Vaticano II y urge su recepción: “El examen de conciencia debe también atender a la recepción del Concilio, ese gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio. ¿En qué medida la palabra de Dios ha llegado a ser el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la *Dei Verbum*? ¿Se vive la liturgia como “fuente y cumbre” de la vida eclesial, según las enseñanzas de la de la Sa-

crossanctum Concilium? ¿Se consolida en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares, la ecle-siología de comunión de la *Lumen Gentium*, dando espacio a los carismas, a los ministerios, a las diversas formas de participación del pueblo de Dios, aunque sin admitir un democratismo y un sociologismo que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico Espíritu del Vaticano II? Es fundamental interrogarse también sobre el estilo de las relaciones entre Iglesia y mundo. Las directrices conciliares - presentes en la *Gaudium et Spes* y otros documentos- de un diálogo abierto, respetuoso y cordial, acompañado, con todo, de un testimonio de la verdad, siguen siendo válidas y nos llaman a ulteriores compromisos.” (TMA, 36)

Resumiendo, el Vaticano II es un concilio que todavía está en “proceso de recepción”.

Motivos de tal situación

A los motivos enumerados (exageraciones, miedo, recuperación del poder por parte de la curia romana, cambios sociales y políticos en el mundo, sobre todo desde la caída del socialismo/comunismo en 1989...), hay que añadir los intrínsecos al propio Vaticano II, limitado, como toda obra humana.

Hay que recordar que Pablo VI tuvo un interés especial en que los documentos fuesen aprobados

casi por unanimidad. Para conseguirlo, dado que la minoría hallaba el texto demasiado progresista, se aceptaron muchas enmiendas (*modi*) de la minoría a los textos conciliares. Ello impidió que se consiguiera una buena síntesis entre la tradición de Trento y del Vaticano I y lo nuevo del concilio. De hecho, existe una yuxtaposición de teologías, cosa que, con los textos en la mano, permite dos exégesis diferentes del Vaticano II. En 1975, por ejemplo, A. Acerbi dijo haber detectado dos teologías en la *Lumen Gentium*, una ecle-siología jurídica y otra de comunión. Todo ello ha facilitado diversas hermenéuticas del Vaticano II.

A ello hay que añadir que el Concilio no consiguió implementar instrumentos legales concretos para poner en práctica el espíritu conciliar. Por ejemplo, no aborda el nombramiento de obispos, ni concreta las posibilidades de la colegialidad episcopal (que podría no ser meramente consultiva en los sínodos romanos), nada dice sobre el estatuto de los nuncios y cardenales -figuras típicas de la iglesia de cristiandad-, no determina cuál debe ser la participación de los laicos en la iglesia, ni fija normas para el ecumenismo, etc.

Por otro lado, el Vaticano II no asumió la preocupación de Juan XXIII por una iglesia de los pobres, y se aplicó más al diálogo con el mundo desarrollado y moderno, centroeuropeo o nortatlántico, que al diálogo con el Tercer

Mundo. Los obispos del Tercer Mundo, por su parte, no consiguieron hacer oír su voz, pues ni estaban al corriente de la nueva teología ni eran lo bastante conscientes de la grave e injusta situación de pobreza de sus iglesias. Tendríamos que esperar hasta Medellín (1968) para que se escuchase en la iglesia la voz de los pobres.

Por todo ello, el espíritu del Vaticano II no se expresó en una nueva espiritualidad, con el riesgo de reducir el concilio a brillantes formulaciones teológicas, pero sin traducción a la vida concreta. Eso también explicaría por qué, para muchos, el Vaticano II fue más una bandera de mayor libertad que un llamamiento a una santidad nueva.

Retos actuales

Hay desafíos actuales que suponen progresar en las contribuciones del Vaticano II. El ecumenismo, impulsado por Juan Pablo II en *Ut unum sint*, debe avanzar todavía mucho más si quiere ser fiel a las intenciones que tenía Juan XXIII al convocar el Concilio.

El diálogo interreligioso, fomentado en las reuniones de Asís, es el punto más candente de la teología contemporánea, lleno de dificultades -ya que afecta a temas de muchos campos: cristología, eclesiología, revelación, sagrada escritura, liturgia, enculturación,

espiritualidad...-, pero también de prometedores resultados.

La colegialidad, a partir de la eclesiología de comunión sinodal, debe implementarse mucho más, resituando la relación entre las conferencias episcopales y el colegio de cardenales y nuncios, y cambiando sistema de nombramiento de obispos. Pero, sobre todo, hay que reformular el ministerio petrino en el seno de la colegialidad episcopal, según lo insinuó Juan Pablo II en *Ut Unum Sint* (nn. 95-96). Lo que debiera ser signo de unidad, es signo de contradicción, el punto más conflictivo en el diálogo ecuménico. Algo se ha hecho, pero se debe avanzar más.

La misión de los laicos en la Iglesia, impulsada por Juan Pablo II en la *Christifideles Laici*, debe dilucidarse mucho más hasta dar a la iglesia un rostro predominantemente laical.

La teología y la praxis del ministerio pueden avanzar. Cerradas las puertas al ministerio ordenado de la mujer -sobre este punto el cardenal Martini ha dicho que lo que un papa ha cerrado, otro papa lo puede reabrir-, continúan abiertos otros caminos, como la ordenación de hombres casados (*virī probati*), pedida en diversos sínodos.

La evangelización del mundo contemporáneo, posmarxista y postmoderno, implica plantearse nuevas cuestiones, discernir los signos de los tiempos y un gran

esfuerzo de inculturación.

Por último, la opción por los pobres que ha pasado de ser la opción de la iglesia local de América Latina a ser una opción de la iglesia universal, debe configurar la teología y la praxis pastoral de la iglesia, en un mundo cada día más marcado por la pobreza y por la injusticia.

Pero además de estos desafíos y contemplados de alguna forma por el Vaticano II, hay otras cuestiones que el Vaticano II no quiso tratar (como el celibato sacerdotal) o que se han desarrollado es-

pecialmente en estos últimos 40 años: El tema ecológico, que el Vaticano II no abordó. La cuestión de la mujer en la iglesia -desafío que procede de la mayor parte de la humanidad- obliga a discutir cuestiones nuevas, muchas de ellas radicales. Añadamos las cuestiones ligadas a la sexualidad y familia (homosexuales, control de la natalidad, sida, inestabilidad familiar, divorcio...) y comprenderemos que la sugerencia del cardenal Martini, en el Sínodo Europeo, que pedía la celebración de una nueva asamblea episcopal universal, no resulta descabellada.

CONCLUSIÓN

Concluamos estas reflexiones sobre el Vaticano II con unas palabras del diario de Juan XXIII, escritas pocos días antes de su muerte y que nos llenan de esperanza: "Hoy más que nunca (ciertamente más que en siglos anteriores), estamos llamados a servir al ser humano como tal, no sólo a los católicos. A defender, sobre todo y en todas partes, los derechos de la persona humana, y no sólo los de la iglesia católica. Las condiciones actuales, las investigaciones de los últimos 50 años, nos han traído realidades nuevas, como dije en el discurso de aper-

tura del concilio. El Evangelio no ha cambiado; somos nosotros los que comenzamos a entenderlo mejor. Quien ha tenido la suerte de una vida larga, se encontró a principios de siglo ante nuevas tareas sociales, y quien -como yo- ha estado 20 años en Oriente y 8 en Francia, y se ha hallado en la encrucijada de diversas culturas y tradiciones, sabe que ahora ha llegado el momento de discernir los signos de los tiempos, de aprovechar la oportunidad de mirar hacia adelante" (G. Alberigo, *Giovanni XXIII*, Brescia, 1978, p. 594).

Tradujo y condensó: ÀNGEL RUBIO